

Homilía de VI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Si quieres, puedes limpiarme. Quiero: queda limpio”

Introducción

Las lecturas de este domingo giran, en gran medida, en torno a la enfermedad de la lepra: de la visión de la ley y tradición del pueblo de Israel y de como se posicionó Jesús ante ella a través de la curación de un leproso. Surge la fe como un punto relevante del poder salvífico de Jesús. La enfermedad, la impureza y el pecado son términos que aparecen relacionados y se nos plantean en primera persona a modo de cuestionamiento y reflexión. Como fondo la indicación de san Pablo a realizar todo lo que hagamos para la gloria de Dios junto con la exhortación a que le sigamos a él como el sigue a Cristo. Toda una oportunidad de reflexión y celebración aprovechando el descanso dominical.



D. José Ignacio Peiro Alba O.P.

Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Levítico 13, 1-2. 44-46

El Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca una llaga como de lepra, será llevado ante el sacerdote Aarón, o ante uno de sus hijos sacerdotes. Se trata de un leproso: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El enfermo de lepra andará con la ropa rasgada y la cabellera desgredada, con la barba tapada y gritando: “¡Impuro, impuro!”. Mientras le dure la afección, seguirá siendo impuro. Es impuro y vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento».

Salmo

Salmo 31, 1-2. 5. 11 R. Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación.

Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño. R/. Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: «Confesaré al Señor mi culpa», y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. R/. Alegraos, justos, y gozad con el Señor; aclamadlo, los de corazón sincero. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 31 - 11, 1

Hermanos: Ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo ni a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios; como yo, que procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propia ventaja, sino la de la mayoría, para que se salven. Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 40-45

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio». Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Pautas para la homilía

Preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mando Moisés: El extraño ciclo de la lepra como reflejo del mensaje y acción salvíficos de Jesús

1. De la enfermedad a la impureza, de la impureza a la exclusión

De acuerdo al libro del Levítico, la lepra –diagnosticada por un sacerdote y no un doctor- se manifiesta no sólo como una ausencia de salud sino también como una ausencia de pureza. Así la lepra se nos describe como claro un signo de pecado que merece la soledad, la autoinculpación,... en definitiva la exclusión.

2. Limpiado por el poder de Jesús

En el relato de Marcos se nos relata el milagro de la curación de un leproso. La curación acontece con un esquema en una doble clave que merece ser señalado: primero, la sensibilidad y fe del leproso, que a pesar de lo que indica la ley y señala la tradición, se acerca a Jesús se arrodilla y suplica “Si quieres, puedes limpiarme”. Segundo, la respuesta de un Jesús que se conmueve y le toca: “Quiero: queda limpio”. Y así fue, la lepra desapareció y quedó limpio.

3. De vuelta al sacerdote

Tras la curación Jesús envía al leproso al sacerdote para que, ese mismo sacerdote que diagnosticando lepra le hubiera condenado a vestir harapos, lucir barba, taparse el rostro y confesarse impuro, haga constar su curación. La misma figura del sacerdote que antes era en cierto modo verdugo es ahora, tras la acción de Jesús, testigo de su poder salvífico.

“Dichoso el que esta absuelto de su culpa”: La curación de la lepra en mí.

1. ¿Soy yo leproso?

Como hombres y mujeres, como seres finitos y limitados, todos contamos con experiencia de haber fallado alguna vez en la palabra o el pensamiento, en la acción o en la omisión: todos somos, en definitiva, pecadores.

Las lecturas de este domingo nos ofrecen una visión de la lepra no sólo como enfermedad sino como consecuencia de impureza o como fruto del pecado. Así y desde cierto punto de vista todos podríamos identificarnos con la figura del leproso.

2. Un eje de coordenadas diferente.

Una persona leprosa, que es carente de lo más esencial, rompe con lo que sus circunstancias le marcan, se acerca a Jesús mostrándole su fe y suplicándole ser curado.

Un Jesús conmovido, que muestra su poder a partir de la fe de quien se le acerca y que accede a curarle.

Dos actitudes, la del leproso y la de Jesús, que definen en conjunto un nuevo y diferente eje de coordenadas. Este eje, por muy diferente y novedoso que sea, es válido y asequible para cualquiera de nosotros.

Al igual que no hay nadie como un enfermo para valorar la salud, nadie como un preso para valorar la libertad o un pobre para valorar la riqueza,... tampoco hay nadie como un pecador para valorar y reconocer la experiencia, el sentido y el valor del perdón. Y así ninguna de nuestras carencias, limitaciones y fallos nos deberían mantener en lo que estas circunstancias pudieran marcar, no nos deberían impedir mirar a Jesús con fe y suplicar, al igual que el leproso, ser limpiados.

Esta experiencia y valoración del perdón es la misma que nos relata el salmo 31: “Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito”.

Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo: Yo ante la lepra.

1. En el fragmento de la carta de san Pablo a los Corintios encontramos la invitación a hacer todo para la gloria de Dios junto con la exhortación de seguirle a él como él sigue a Cristo.

2. Jesús, a través de la curación del leproso, sale al paso de la exclusión, de la marginación,... del sufrimiento. Donde antes había impureza ahora hay limpieza, donde antes enfermedad ahora salud.

En este contexto la exhortación de san Pablo cobra un sentido específico y nos coloca ante la misma encrucijada que a Jesús. Ahora el cuestionamiento debería ser más directo: Yo ante la lepra. Yo ante la enfermedad, yo ante la impureza y la exclusión.



D. José Ignacio Peiro Alba O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

VI Domingo del tiempo ordinario - 12 de febrero de 2012



Curación de un leproso

Marcos 1, 40-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: - Si quieres, puedes limpiarme. Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: - Quiero: queda limpio. La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. El lo despidió, encargándole severamente: - No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés. Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes poderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.

Explicación

La actividad de Jesús, dedicado de lleno a hacer bien, hizo que muchas personas oyeran hablar de él y se le acercaran. Así ocurrió con este enfermo de lepra que vino a Jesús y le pidió ayuda. Una vez sanado, aquél hombre se sintió como nuevo y comenzó una vida nueva de trato y relación con los demás, porque no sé si sabes que los enfermos de lepra eran separados de la sociedad y condenados a vivir aislados. Qué triste ¿no?

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Hoy os vamos a relatar una historia de Jesús. De cómo Jesús curó a un leproso.

NIÑO 1: ¿La lepra era una enfermedad muy mala?

NARRADOR: ¡Claro! Todos tenían miedo de contagiarse y dejaban a los leprosos lejos de su familia y solos.

NIÑO 2: Eso me da mucha pena. ¿Es que nadie les quería?

NARRADOR: Seguro que Jesús sí. Veréis lo que sucedió.

NIÑO 1: Maestro, vamos a descansar ahora que no hay gente.

JESÚS: Está bien, descansen un rato. ¡Mirad, por ahí viene un leproso!

LEPROSO: ¡Estoy impuro, estoy impuro!

NIÑO 2: ¡Maestro, es un leproso, no te acerques!

LEPROSO: Si quieres puedes limpiarme, Señor.

JESÚS: Quiero, queda limpio.

LEPROSO: ¡Gracias, Jesús, gracias!

JESÚS: ¡No se lo digas a nadie! Preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.

NARRADOR: El leproso fue a la ciudad y gritaba con todas sus fuerzas diciendo a todo el mundo el milagro de Jesús.

LEPROSO: ¡Estoy curado, ya no tengo lepra!

NIÑO 1: ¡Le prometiste a Jesús que no lo dirías!

LEPROSO: Es verdad, pero soy feliz y necesito decirlo. ¡Jesús me ha curado, ya no tengo lepra!

NARRADOR: Jesús siguió su camino, pero ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo. Se quedaba fuera, en descampado y aún así acudían a él de todas partes.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández